

La amalgama de orígenes de los hombres de las primeras huestes creó nueva toponimia hispanoamericana a imagen de la peninsular<sup>1</sup>. En la nueva geografía, según iba siendo descubierta, quedó plasmada, tal vez por primera vez, España como unidad territorial y de origen. Surge así un conglomerado de nombres, repitiendo los ya conocidos, pero sin su primitiva orientación geográfica. El puzzle de topónimos se cambia y así, como otra unidad dentro de un Nuevo Mundo, al Sur de una Nueva Andalucía o Nueva Granada pueden aparecer otra Nueva Castilla o Nueva Toledo; próxima a Valladolid, Santiago y Loyola; junto a Avila, Baeza y Archidona y vecinas a Zamora, Loja y Jaén.

Hombres que apenas habían traspasado los umbrales de sus lugares de origen, o como mucho, habían conocido la capital regional, se encuentran hombro a hombro con compañeros de diversas ciudades, regiones y latitudes peninsulares. Tal vez, por vez primera, conocieran de oídas las magnificencias de Toledo, Salamanca o Granada; tal vez, por primera vez, pudieran estrechar lazos de amistad o incluso tratar a un vasco o a un montañés. El extremeño de Brozas podría formar compañía con otro de Azuaga, compañero en la hueste indiana y lejano paisano en la tierra de origen. El andaluz de Jaén podría afianzar su paisanaje con otro de Huelva, con más facilidad ahora que en Andalucía. Y en las nuevas ciudades fundadas, pese a la escasez primera de mujeres españolas y el predominio de ciertos grupos regionales, con el matrimonio, de orígenes diversos, se vuelve a repetir el fenómeno afianzando la unión de procedencia común: España.

La unidad de la hueste en el Nuevo Mundo, frente a un medio hostil, geográfico y humano; frente a una inmensa mayoría de otros seres, no

---

<sup>1</sup> Una magnífica y concienzuda recopilación de toponimia española puede consultarse en: CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Toponimia Española en el Nuevo Mundo*, Sevilla, 1988.

Europeos, ajenos a los Reinos de Castilla, no cristianos ni católicos, de otra raza; frente también a una minoría de extranjeros europeos, provocaría una nueva imagen de los castellanos (en amplio sentido genérico) que favorecerá la integración, al menos conceptual, de los reinos peninsulares. Más aún con la perspectiva que proporciona la distancia, Atlántico por medio, y la vecindad sin fronteras de hombres de diverso origen geográfico en las nuevas ciudades de nombres castellanos, andaluces, extremeños, gallegos y vascos fundidas en la geografía americana.

Más que utópicas nuevas ciudades, o nuevas repúblicas, tal vez sólo en la mente o deseo de los más idealistas, los españoles en América fundaron ciudades y villas a imagen y semejanza de las conocidas, con la novedad de que ahora ellos, simples peones de la hueste, barberos, herreros y labradores eran los fundadores, regidores, alcaldes, principales y privilegiados vecinos, con feudos de indios y cuasi señoríos territoriales. Pocos nombres míticos tomaron los nuevos asentamientos y sí todos los ya conocidos de grandes villas o pequeñas aldeas. Tal vez ello explique mejor los factores de esta emigración del XVI en la que se han ponderado los factores de repulsión de las tierras de origen sin calibrar los muchos que hubo de atracción por parte del Nuevo Mundo. Los lugares de origen son recordados con cariño (así como familiares y deudos) bautizando los ríos y ciudades con sus nombres.

Muchos hombres más de lo que sospechamos volvieron alguna vez a sus pueblos, temporal o definitivamente y continuamente estuvieron en contacto con ellos enviando misivas, mandas y regalos. Algunos incluso vendieron todo lo que ganaron en Indias, para volver a establecerse en ellos, como auténticos indianos del XVI. La mayoría quedó en América configurando las nuevas villas y la realidad hispanoamericana. Unos con descendencia y fortuna; otros en el más oscuro de los anonimatos. Igual trayectoria corrieron las nuevas ciudades: unas perduraron en toda su importancia y esplendor, otras desaparecidas o eclipsadas tras algunas décadas de prosperidad.

Su huella quedó en América como, cada vez más, se va conociendo; pero también en España como indican diversos testimonios hasta ahora ignorados. Si investigamos en los archivos parroquiales, municipales, de protocolos notariales, arzobispales y privados, andaluces, extremeños y castellanos, sobre todo, encontraremos que, en distinta proporción, innumerables ciudades, villas y aldeas vieron salir distintos grupos de vecinos hacia América en toda la época colonial; vieron volver a algunos de ellos y, de casi todos en distinta cuantía, hubo noticias, mandas o dinero destina-

do a los más diversos fines: compras de casas o fincas rústicas, erección de capillas (a veces iglesias o conventos enteros), fundación de capellanías y obras pías, hospitales, colegios, alhóndigas, etc.

## CONQUISTADORES Y COLONOS CASTELLANOS EN LA AUDIENCIA DE QUITO

Como en el caso de Nicolás de Ovando en La Española o en el de los Pizarro en Perú que aglutinaron en su entorno a un grupo de parientes, deudos y paisanos extremeños, en las primeras décadas de la conquista y colonización de las Antillas, Centroamérica y Perú hay que tener en cuenta las figuras de Gil González Dávila, Pedrarias Dávila, Núñez Vela y La Gasca, en torno a los cuales aparecen muchos de los castellanos que van a destacar más tarde en dichos territorios.

En Quito y Popayán aparecen varios personajes de apellido «de Avila» o «Dávila», procedentes casi seguro de dicha capital castellana.

*Juan Dávila*, llegó en 1534 con Alvarado como soldado de caballería y en 1536 pasó con Benalcazar al norte, siendo uno de los fundadores de Cali.

Otro *Juan Dávila* se encuentra en Perú en 1542 con Vaca de Castro, quien le envió a castigar a los indios de La Puná y al socorro de Guayaquil, pasando más tarde a Portoviejo (1544-45). Se añadió a las tropas de La Gasca aunque no pudo luchar en Jaquijaguana, por estar tullido. Parece ser el mismo que entre 1569 y 1572 fue corregidor de Loja, Cuenca y Zamora. En 1561 era encomendero de Manta, Jaramijo y Piculcha, en Portoviejo, con una renta de 200 pesos, concedida por el virrey marqués de Cañete. En esta misma fecha y en el mismo lugar aparecen también como encomenderos *Juan de Cuéllar* y *Cristóbal de Burgos*, tal vez procedentes de ambos lugares castellanos<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Vid., entre otros ejemplos: ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: «Emigración a Indias y fundación de capellanías en Guadalcanal, Siglos XVI-XVII», en I JORNADAS DE ANDALUCIA Y AMERICA, Tomo I, Huelva, 1981, pp. 441-460, y del mismo autor: «Rasgos socioeconómicos de los emigrantes a Indias. Indianos de Guadalcanal: sus actividades en América y sus legados a la metrópoli, siglo XVII», en III JORNADAS DE ANDALUCIA Y AMERICA, Sevilla, 1985, Tomo I, pp. 29-62.

<sup>3</sup> JURADO NOBOA, Fernando: *La migración internacional a Quito entre 1534 y 1934*, Tomo II, Colección SAG, Vol. 52 Quito, 1990, pág. 417.

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> HAMPE, M., Teodoro: «Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561», en HISTORIA Y CULTURA, N.º 12, Lima, 1979, pp. 75-117.



Figura de una ciudad hispanoamericana de la primera época. Pintura del convento del Carmen. Cuenca, Ecuador.

El capitán *Lucas de Avila* o *Sánchez Dávila*, muy probablemente avulense, fue uno de los fundadores de Anserma, donde desempeñó los cargos de alcalde ordinario, alférez real y teniente de gobernador, y donde dejó descendencia a través de sus hijas: Mariana, casada con el capitán Francisco Díaz de la Serna (natural de Toledo) e Isabel, casada con el capitán Pedro Pablo de Salazar y Santacruz (natural de Huete)<sup>6</sup>.

*Sancho Sánchez Dávila y Guzmán*, natural de Avila, era hijo del comandante Gil González Dávila (famoso en la conquista de Centroamérica) y primo del virrey Núñez Vela, con quien pasó a Paita en 1544 junto con su hermano Alonso Dávila Guzmán. Aunque radicado en Lima tenía casa propia en Quito<sup>7</sup>.

También avulense era el capitán *Alonso Flores Dávila*, conquistador de Perú y Quito, que consiguió una encomienda en esta última gobernación, donde se radicó. De su matrimonio con doña Magdalena de Pedraza (natural de Talavera de la Reina), tuvo, que conste, a:

<sup>6</sup> JURADO NOBOA: *La emigración internacional...*, pág. 417.

<sup>7</sup> Ibid.

1. María Dávila, que casó con Diego de Castro Calderón, hijo de Alonso García de Castro (uno de los primeros conquistadores de Quito) y sobrino del Dr. Robles (primer presidente de la Audiencia de Panamá), que fue regidor perpetuo en el cabildo de Quito, y con quien tuvo ocho hijos, dejando extensa descendencia en el Ecuador Colonial.

En 1611 Castro Calderón pedía una renta en indios de 4.000 pesos alegando los méritos de su padre y los de su suegro<sup>9</sup>.

2. Juan Velázquez Dávila, que como capitán pasó a la guerra de Chile en 1575. Disfrutó la encomienda de San Andrés, en Riobamba; fue corregidor de Chimbo (1592) y de Cuenca (1595-97) y regidor de Quito. Destacó en la «rebelión de las alcabalas» (1592) al matar a Alonso Moreno Bellido. Viajó a España como procurador de Quito y murió en Madrid, dejando como heredera a su madre, por lo que parece no tuvo descendencia<sup>10</sup>.

De Roa (Burgos) *era Pedro de Frutos*, establecido primero en Guatemala (1532), pasó a Perú y Quito con Benalcazar (1534), siendo uno de los fundadores de Santiago y de San Francisco de Quito y de los primeros conquistadores de Guayaquil. Se avecindó en Quito en cuyo cabildo desempeñó distintos cargos, gracias a lo cual y a su condición de ser «de los primeros conquistadores del reino» consiguió un tercio de la encomienda de Carangue más distintos lotes de tierra (en Pomasqui, Pastocalle y Guaytacama). Luchó en Añaquito como partidario de Gonzalo Pizarro, quien no obstante le envió a sus minas y encomienda de Callares para disfrutar de su mujer (a quién dejó embarazada); finalmente G. Pizarro ordenó a Vicente Pablos darle muerte mientras dormía<sup>11</sup>. Hacia 1548 su viuda aparece como encomendera de «Embaya» con «400 tributarios y 800 pesos» (de oro) de renta, por concesión hecha por Francisco Pizarro a Frutos<sup>12</sup>.

*Diego Díaz de Fuenmayor*, natural de Agreda (Soria), nacido hacia 1514, pertenecía a una hidalga familia que iba a dar destacados conquistadores y colonizadores indios. Era sobrino de Lcdo. Alonso de Fuenmayor, arzobispo de Santo Domingo, con quien pasó (junto con dos tíos suyos más) a la isla. Allí sirvió 12 años en distintas empresas y desde donde

<sup>9</sup> Memorial de Diego Castro Calderón, 1611. AGI. Quito 49.

<sup>10</sup> JURADO NOBOA, Ob. cit., pág. 418.

<sup>11</sup> Ibid, pág. 521.

<sup>12</sup> ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: *Los encomenderos de Quito. Origen de una élite colonial*. (En prensa).

pasó a Panamá y más tarde a Popayán. Se estableció en Quito donde casó con doña Mariana de Castañeda, hija del conquistador y encomendero Francisco Ruiz, consiguiendo él mismo otra encomienda y dejando amplia descendencia<sup>12</sup>.

*Ruiz Díaz de Fuenmayor*, primo hermano del anterior, nació en Albel-da (Logroño) hacia 1518. También salió al Nuevo Mundo con su hermano José, en 1538, buscando el amparo y favor de su tío el arzobispo y de sus parientes ya instalados en Santo Domingo. En 1545 figura ya como vecino de Quito donde destacó como ferviente realista en la rebelión de Gonzalo Pizarro. Batalló en Añaquito y tras la derrota del virrey tuvo que huir de la persecución pizarrista.

Había casado con doña Pascuala de la Calle, sobrina del rico encomendero Martín de la Calle, quien hizo «dejación» de sus indios de «Luisa» (Riobamba) en Fuenmayor, quien así pasó a ser uno de los principales encomenderos de Quito<sup>13</sup>.

También en grupo familiar pasaron a Indias los tres hermanos *Morán, Antonio, Francisco y Herrando*, hijos de Antonio Morán y de María Galle-ga, naturales de Lloliva (León), en donde hicieron probanza, en 1561, para demostrar que eran honrados, ricos y cristianos viejos. En esta fecha habían muerto el padre, Francisco y Hernando, por lo que la madre, como here-de-ra de ellos, renunció en el único superviviente, el capitán Antonio Morán<sup>14</sup>.

Los tres hermanos fueron de los primeros conquistadores de Quito y Popayán. Francisco se estableció en Pasto, desde donde acudió en socorro del virrey Núñez Vela. Antonio se avecindó en Quito donde participó en su cabildo y fue alguacil mayor. Tuvo varias hijas: Gabriela Rivadeneira (casada con el contador Juan Saenz de Gauna, con sucesión), Luisa Rivade-neira (casada primero con D. Francisco de la Carrera y posteriormente con Rodrigo de Villalobos, sin sucesión en ambos matrimonios) y Mariana Rivadeneira (casada con Gonzalo de Martos Boorquez, parece que sin sucesión) . Las tres disfrutaron de distintas mercedes, en pensiones y enco-miendas, gracias a los méritos de conquista y fundación de su padre y de sus tíos<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> JURADO NOBOA, O. b. cit., pág. 522 y ORTIZ DE LA TABLA: *Los encomenderos de Quito*.

<sup>13</sup> Ibid.

<sup>14</sup> Probanza de Antonio, Francisco y Hernando Morán. AGI. Patronato 103-B.

<sup>15</sup> ORTIZ DE LA TABLA: *Los encomenderos de Quito*....

Si los Morán fueron de los primeros vecinos de Pasto y de Quito, *Pedro de León* tuvo un papel destacado en la ciudad de Cuenca. Nacido en Piedrahita (Avila) pasó a Indias en 1539 y destacó como realista en las guerras civiles del Perú. Tras la derrota de Añaquito regresó a España, donde contrajo matrimonio con su paisana doña Ana de la Cadena y Carvajal (natural de El Barco). Tras probar en su villa natal su nobleza y limpieza de sangre, en 1555 regresó a América donde desempeñaría distintos cargos: teniente de guarda mayor de Cuenca, contador y tesorero de las Cajas Reales de dicha ciudad, teniente de corregidor y alcalde mayor de las minas de Zaruma, alcalde ordinario, regidor perpetuo, tesorero, teniente de corregidor y justicia mayor de Riobamba, cargo que desempeñó hasta su muerte. Fue encomendero de Yanganambe y Cucanamá<sup>16</sup>. De su labor como corregidor de Riobamba es conocida su visita y tasa tributaria del corregimiento, pieza documental de 1581 que puede ser considerada como uno de los primeros documentos demográficos de dicha villa y de su distrito<sup>17</sup>.

Su hijo *Pedro de la Cadena*, que pasó a Indias en 1555 con su padre, con tan sólo cinco años de edad, destacó en el cabildo de Loja donde fue regidor y alcalde ordinario. Desempeñó también los cargos de teniente de capitán general de la Gobernación de Yaguarsongo y teniente de corregidor y justicia mayor de Loja. En 1589 dirigió la defensa del puerto de Paíta atacado por Cavendish. Casó con doña Felipa Arias de Castillo (natural de Tordesillas), encomendera de Ambocas y San Juan del Valle. Su hija Ana de la Cadena, que disfrutó dicha encomienda, casó en Loja con el general don Diego Vaca de Vega, gobernador y capitán general de Maynas, fundador de la ciudad de San Francisco de Borja y explorador intrépido de gran parte del curso superior del Amazonas. La Gobernación de Maynas estuvo vinculada a los descendientes de Pedro de León, los Vaca de Vega, durante varias generaciones<sup>18</sup>.

Precisamente en la misma ciudad de Loja se había avecindado otro castellano, de Avila, *Pedro de Cianca*, donde fue alcalde ordinario, teniente de corregidor y justicia mayor y encomendero de Malacatos y Guachacanamá. Se había destacado en la conquista de Portoviejo, en la batalla de Añaquito y en Jaquijaguana<sup>19</sup>. Su hija, doña Elena de Guevara, la pri-

<sup>16</sup> BORRERO CRESPO, Maximiliano: *Orígenes Cuencanos*, Tomo I, Cuenca (Ecuador), 1962, pp. 132-133.

<sup>17</sup> ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: «La población indígena del corregimiento de Riobamba (Ecuador), 1581-1605. La visita y numeración de Pedro de León», en HISTORIOGRAFIA Y BIBLIOGRAFIA AMERICANISTAS, Vol. XXV, Sevilla, 1981, pp. 19-87.

<sup>18</sup> BORRERO CRESPO, Ob. cit., Tomo II, pp. 261-263.

<sup>19</sup> Ibid, Tomo I, pp. 284-285.

mera lojana criolla de quien se tiene constancia, heredó la encomienda de su padre y casó con otro conquistador de similar trayectoria (ambos fueron apresados por los pizarristas), Pedro Pacheco, quien fue corregidor y alcalde ordinario de Loja y encomendero de Calvas». Su nieta Catalina de Guevara casó con D. Jerónimo Vaca de Vega hijo del Gobernador de Maynas D. Diego Vaca de Vega y de doña Ana de la Cadena, nieta ésta a su vez del conquistador Pedro de León<sup>20</sup>, antes citado, uniéndose así estas dos familias de origen castellano, que jugaron un papel destacado en los primeros momentos de la colonización de la Audiencia de Quito, dejando allí amplia e ilustre descendencia.

Como en otros casos la buena fortuna y posición de un individuo en Indias atrajo a parientes y paisanos, produciéndose el «tirón familiar» típico de la emigración al Nuevo Mundo en la época colonial<sup>21</sup>.

Tal es el caso de *Pablo de Cianca*, natural de Avila, que desde Madrid preparaba en 1573 su viaje a Loja buscando el amparo de su hermano Bartolomé y de su tío Pedro de Cianca, antes mencionado. Los términos de su instancia, representativa en estilo y motivos de otros muchos casos similares, merecen ser transcritos textualmente:

«Muy poderoso señor: Pablo de Cianca, natural de Avila, dice que él ha más de tres años que sirve en el escritorio de este consejo, gastando en ello lo que su padre le ha proveído para su sustentación, y porque no se hallando con disposición para asistir en él desea emplearse en servicio de VA. y para ello pasar a la ciudad de Loja, en la provincia de Quito, donde tiene a Pedro de Cianca, su tío, y a Bartolomé de Cianca, su hermano, que le favorecerán; para lo poder mejor hacer, suplica a VA. atento lo susodicho, y que el Ldo. Briceño, presidente de la audiencia del nuevo reino, quiere favorecerle para el viaje, se sirva en mandarle dar licencia para le poder hacer en servicio y compañía del dicho Ldo. que en ello recibirá merced. Y asimismo suplica a VA., que mande dar cédula para que se pueda llevar hasta 200 pesos en ropa libres de derechos, y las armas ordinarias, y las cotas»<sup>22</sup>.

Consiguió la licencia y la exención del pago de fletes, como el resto de criados del licenciado Briceño, pero no se le autorizó a que las informaciones de «limpieza de sangre» se hicieran en Madrid, con testigos naturales

<sup>20</sup> Ibid y ANDA AGUIRRE, Alfonso: *Corregidores y servidores públicos de Loja*, Quito, 1987, PP. 23-25.

<sup>21</sup> Ibid.

<sup>22</sup> ORTIZ DE LA TABLA: «Rasgos socioeconómicos...».

<sup>23</sup> Memorial de Pablo de Cianca, Madrid 10 febrero 1573, AGI. Indiferente General 1383-B.



de su tierra, como había solicitado alegando la urgencia de dirigirse a Sevilla para su embarque en los galeones<sup>24</sup>.

El parentesco iba a ser un factor importante en la acomodación social de los nuevos colonos, tal como puede verse también en el caso de *Rodrigo de la Paz Maldonado*, natural de Salamanca, a quien recomendaba como deudo La Gasca ante la rica e hidalga encomendera doña Isabel de Aguilar, (natural de Trujillo, Extremadura), viuda del conquistador Diego de Torres<sup>25</sup>. Con tan influyente protector no le fue difícil a Paz Maldonado incrustarse en el núcleo de principales vecinos-encomenderos de Quito tras su matrimonio con doña Isabel, consiguiendo disfrutar de la encomienda de Chambo (Riobamba), que a mediados del XVI era una de las más importantes de la Sierra, con unos 1.000 tributarios y unos 2.000 pesos de renta, y que había sido concedida a Diego de Torres por Francisco Pizarro<sup>26</sup>. En 1561 la encomienda de Chambo y Perucho, ya a nombre de Rodrigo de Paz, sigue figurando entre una de las principales con 2.700 pesos de renta<sup>27</sup>. Más tarde la encomienda aparece repartida entre Francisco Ramírez de Arellano y Lorenzo de Cepeda, de quien se tratará posteriormente<sup>28</sup>. No obstante un hijo de Rodrigo de Paz y de doña Isabel de Aguilar, don Luis Maldonado de Aguilar, consiguió la prórroga de una vida más en la sucesión de la encomienda<sup>29</sup>.

## LOS CEPEDA-AHUMADA

Junto al virrey Núñez Vela se encontraron en la batalla de Añaquito un grupo de avulenses y entre ellos Pedro y Hernando de Ahumada, Lorenzo y Jerónimo de Cepeda, los cuatro hermanos de Teresa de Avila; con otros paisanos recogieron el cuerpo descabezado de Núñez Vela y le dieron sepultura.

Cuando Teresa de Cepeda entraba en el monasterio de la Encarnación ya sus hermanos mayores Hernando y Rodrigo habían partido para Indias; más tarde lo harían Lorenzo, Jerónimo, Antonio, Pedro y Agustín. Nada menos que siete miembros de una misma familia emigrados al Nuevo Mundo, como ocurrirá en mayor o menor número en otras casas castellanas

<sup>24</sup> *Ibid.*, Madrid 3 marzo 1573. AGI. Indiferente General 1383-B.

<sup>25</sup> Probanza de Rodrigo de Paz. AGI. Patronato 112-2.

<sup>26</sup> ORTIZ DE LA TABLA: *Los encomenderos de Quito...*

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> ORTIZ DE LA TABLA: «La población indígena del corregimiento...».

<sup>29</sup> Probanza de Rodrigo de Paz. AGI. Patronato 112-2.

de la época. No es extraño así la continua vinculación desde América con Avila, en este caso, hasta el extremo que la futura Santa se vio en una ocasión trasladada místicamente a Quito. Pero además esta vinculación no quedó en mística, epístolas y afectos, sino en realizaciones materiales de envergadura, igual que en otros casos<sup>30</sup>.

Los Cepeda y Ahumada participaron en casi todas las expediciones y hechos notables de armas que se produjeron por aquellos años en Perú y en Quito: en la pacificación de los indios de la Puná, que amenazaban Guayaquil; con Benalcázar en la pacificación de los Países en Popayán; con Núñez Vela contra los pizarristas en Añaquito; con el Presidente Gasca en la batalla de Jaquijaguana y contra Hernández Girón en Pucará.

Gracias a estos méritos y servicios a la Corona adquirieron una sólida posición en Indias, sobre todo Lorenzo de Cepeda. Establecido en Quito con su hermano Jerónimo, jugó un papel destacado en la capital y consiguió una sólida fortuna. Recompensado por La Gasca con una encomienda que luego acrecentó en 1557, por estas fechas aparece como uno de los encomenderos de buena renta, con 1.500 pesos de oro al año. Además fue tesorero de las cajas reales en 1549 y desde 1559 hasta 1567 año en que le sucede en el cargo su hermano, quien lo ejercerá hasta 1574. Para la década de los 70 era considerado como uno de los vecinos más ricos valorándose sus propiedades en unos 35.000 pesos de oro, sin que hubiera desdeñado dedicarse a la actividad mercantil al por mayor. Más tarde aparece como uno de los principales encomenderos de Riobamba, al obtener un acrecentamiento de encomienda, con varios pueblos en los que se contaban unas 3.700 almas. Además de su fortuna contrajo matrimonio con la rica limeña doña Juana de Fuentes Espinosa, hija de conquistador del Perú y por su madre, doña Bárbara Espinosa, perteneciente a la emprendedora familia de los Espinosa de Medina de Rioseco. Junto con la encomienda tuvo estancias y negocios en Quito donde poseía una magnífica casa, ubicada sobre las casas prehispánicas de las Vírgenes del Sol o Aclla Huasi, que más tarde pasó a ser convento de Santa Catalina.

Hacia 1574 regresó a la península con sus tres hijos, Francisco, Lorenzo y Teresa, encontrándose con su hermana en Sevilla. Se instaló en Castilla, tras liquidar sus bienes americanos, murió en 1580, y fue enterrado en la iglesia de las Carmelitas de Avila, en el mismo convento en el que ingresará su hija, que fue la primera religiosa americana de esta orden.

---

<sup>30</sup> Las noticias de este epígrafe están tomadas de ORTIZ DE LA TABLA: *Los encomenderos de Quito...*

Gracias a su inmensa fortuna Lorenzo pudo ser un destacado mecenas de la catedral quiteña y de las Carmelitas españolas, siendo decisivo el oro americano en la creación del primer convento que fundara su hermana. En Indias, como otros, consiguió fama, riqueza y el salto social buscados. Con oro americano compró también el señorío de Laserna; casó a su hijo Francisco con doña Orofrisia de Mendoza, de la casa de los Duques del Infantado, matrimonio sin descendencia y que gozó parte de las rentas americanas de su padre en Riobamba; su hijo Lorenzo regresó a Quito donde casó con doña María de Hinojosa, hija del oidor de aquella Audiencia D. Pedro de Hinojosa, gozando también de las rentas de su padre y dejando descendencia, como la rama de su hermano Jerónimo, tanto en dicha capital como en Riobamba.

Agustín de Ahumada, después de su estancia en Perú y Quito pasó a Chile, consiguiendo que el virrey D. Francisco de Toledo le concediera en 1579 la gobernación de los Quijos y la Canela, el famoso Dorado, en sustitución del también avulense Melchor Vázquez Dávila, gobernador vitalicio. No dejó buen recuerdo en este territorio por sus abusos sobre los naturales y más tarde, tras regresar a la Corte y tras varias peripecias consiguió al fin la gobernación de Tucumán, a donde no pudo llegar pues falleció en el camino.

Proceso similar al seguido por esta familia e individuos repitieron en el Ecuador Colonial otros castellanos viejos como Sancho de la Carrera, Bartolomé de Zamora, Hernando de Benavente, Melchor de Arévalo, Juan de Sepúlveda, Juan de Sanabria, Alonso de Villalón y Melchor Vázquez Dávila, entre otros, en distintas expediciones, dejando constancia de su huella en la geografía y en la creación de nuevas ciudades y linajes indios, recordando sus lugares de origen, a los que enviaron misivas, cartas y dinero para distintos fines. En algunos casos fueron decisivos como puntas de lanza para encauzar futuras olas migratorias.

## ZAMORA, VALLADOLID Y AVILA

Como se ha dicho otra constancia de vinculación con el Nuevo Mundo de estos castellanos fue la fundación de ciudades con los nombres de su procedencia. Como segundo caso para el Ecuador colonial se analiza la fundación de estas tres ciudades por castellanos y con nombres castellanos, que jugaron un papel decisivo, tanto ellas como ellos, en la primitiva colonización del oriente ecuatoriano amazónico del XVI, para más tarde eclipsarse y casi desaparecer.

En la conquista y colonización del Oriente amazónico se realizaron numerosas entradas con distintos motivos y resultados. Además de incorporar nuevos territorios y posibles «Dorados», estas expediciones debían dar ocupación y premio a innumerables soldados que aún, como el famoso Lope de Aguirre, tras muchos años de servicio en Indias no habían obtenido recompensa, al menos en la medida en la que se creían acreedores<sup>31</sup>.

Tras la victoria de Añaquito Gonzalo Pizarro decidió acometer nuevas empresas de descubrimientos y fundaciones para ocupar a los soldados que hasta entonces le habían acompañado. Una de éstas fue iniciada por Alonso de Mercadillo para contener a los belicosos indios Paltas y fundar una ciudad con el nombre de La Zarza (hacia 1546), en recuerdo de un pequeño lugar extremeño vinculado a los Pizarro. Muerto Gonzalo Pizarro el Presidente Gasca, por iguales motivos que los anteriormente indicados, volvió a encomendar a Mercadillo esta expedición que dio como resultado la fundación definitiva de la ciudad de Loja (hacia 1548) nombre elegido esta vez para recobrar su lugar de origen<sup>32</sup>.

Más tarde el mismo Mercadillo dio vida a la villa de Zaruma, famosa por sus minas de oro y hacia 1549-50 fundaba con Hernando de Benavente la ciudad de Zamora, que junto con Valladolid y Avila serán las tres muestras de ciudades castellanas de la Audiencia de Quito cuya historia se reseña brevemente.

## ZAMORA

Cronológicamente la primera fue la ciudad de Zamora de los Alcaldes, fundada hacia 1549-50 por el lojano Mercadillo y el zamorano Hernando de Benavente bajo ciertas cláusulas de compañía que habían establecido para ello. Si Loja recordaba la patria del primero, Zamora sería en memoria de la de Benavente. Además, curiosamente, el valle donde se erigió era denominado por los indígenas con el nombre de «Zamo-ra» o «Camora»<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: *Francisco Vázquez. El Dorado: Crónica de la expedición de Pedro de Ursua y Lope de Aguirre*, Madrid, 1989 (2.ª ed.).

<sup>32</sup> GONZALEZ SUAREZ, Federico: *Historia General de la República del Ecuador*, Tomo I, Quito, 1969, pp. 1262-1263.

<sup>33</sup> Estos datos y los siguientes sobre Zamora han sido tomados de las descripciones de esta ciudad publicadas por JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos: *Relaciones Geográficas de Indias. Perú* Tomos II y III, Madrid, 1965.

A diez y ocho o veinte leguas de Loja, fuera del camino real, y con malas comunicaciones con dicha ciudad tendría como vecinas las también efímeras ciudades de la Gobernación de Juan de Salinas: Valladolid, Cumbinama y Santiago de las Montañas.

Su traza respondía al modelo clásico de las nuevas fundaciones indianas: plaza central de la que salían «anchurosas y largas» calles, con solares en cuadra de a 150-160 pies; los edificios con paredes de tabique (utilizando barro, madera y piedra) y la cubierta de paja y hoja de palma. No contaba con ningún edificio destacable y las pocas casas que había eran en su mayoría de adobe.

Al erigirse la ciudad se respetaron los dispersos poblados indígenas y se eligió para su asentamiento un lugar equidistante a la mayoría de los pueblos, los cuales fueron repartidos en encomienda entre unos 35 vecinos-fundadores. Más tarde, por ser encomiendas de corto número de indios, según fueron «vacando» algunas de ellas se agregaron a otras, reduciéndose en unos 20 a 25 los «feudatarios».

Salvo las minas de oro descubiertas por los españoles nada hacía atractivo este enclave hispano. El trigo no prosperó aunque sí las hortalizas, el maíz, frijoles, limoneros, higueras y ganado (vacas, puercos, cabras y gallinas), que servía solamente para el autoabastecimiento. Todo lo demás debía ser importado para surtir la escasa población estable de la ciudad y a la flotante de sus minas; los apreciados membrillos de Piura adquirirían unos precios elevados por la distancia y las dificultades del transporte.

Pese al pomposo título de ciudad y de su mismo nombre (Zamora de los Alcaldes), su aspecto y vida era más bien el de villorio o simple avanzada en una zona minera marginal. Sus vecinos eran «gente llana y solamente pretenden sustentar sus personas y casas honrosamente y que en esto gastan lo que tienen y no tienen riquezas de masiadas».

Los 20 ó 25 encomenderos que quedaban contaban con pocos tributarios a los que dedicaban fundamentalmente al trabajo de sus estancias y, sobre todo, de sus minas. Sólo la población flotante de mercaderes, que acudían con mercancías de Europa, Perú y Tierra Firme, a cambio del oro de la zona, animaban la ciudad y su entorno, así como los negros esclavos traídos para las explotaciones mineras. Pese a que algunos tributarios se habían instalado en casa de sus encomenderos en la ciudad, o acudían a ella regularmente para su abastecimiento, hubo pocos mestizos en el distrito.

Pese a todo Zamora conoció cierto esplendor durante las dos primeras

décadas de su vida, gracias a su riqueza aurífera, que la hizo famosa y prometedora. En una ocasión su fama llegó a la Corte con el envío al Rey de un grano de oro de más de 18 libras de peso, que fue guardado en la recámara del monarca. Gracias a esta primera prosperidad su gobierno se encargó a un corregidor y se establecieron oficiales reales: tesorero, contador y fundidor.

Hacia 1576 ya había síntomas de decadencia por la falta de indios, de tal forma que se sugería que el oro de sus minas se llevara a fundir a la vecina Loja<sup>34</sup>. En 1582-83 la decadencia era palpable: la gruesa de diezmos no se arrendaba ni en 100 pesos (cifra insignificante en comparación con otras ciudades de la Audiencia), había disminuido alarmantemente la población tributaria y por ello la explotación minera (las minas estaban «todas pobres») y sólo quedaban en la ciudad un negro y dos negras horros, ya muy viejos, escasos recuerdos y testigos de una población de esclavos relativamente importante en décadas anteriores<sup>35</sup>.

Por todos estos motivos había sido suprimida la Caja Real, agregándose a la de Loja, así como el corregimiento, que fue añadido al de dicha ciudad.

El panorama comenzaba a ser desolador, como relata un vecino-encomendero: .

«No hay en esta ciudad ningunos regidores perpetuos ni quien de su voluntad quiera acetar de serlo cadañero, ni menos habrá quien quiera comprar ningún regimiento perpetuo, por causa de haber venido en gran deminución las minas de sus términos, que era el sustento de esta ciudad. Va en gran deminución y se han salido della muchos de los encomenderos, por no se poder bien sustentar, y la tierra es esteril de toda labranza y crianza»<sup>36</sup>.

La casi desaparición de la población aborigen (fundamental en el laboreo de las minas y en la tributación en oro) y la paralela caída de la producción minera motivaron el eclipse de esta ciudad ya casi abandonada a fines del XVI.

Para la década de 1560, en el censo de Avendaño, se contabilizaban unos 6.093 tributarios y una población indígena total de 11.222 almas. Años más tarde López de Velasco consignaba ya una merma asignándose 5.000 tributarios. En 1586 Canelas Albarrán señala al distrito 8.100 indios

---

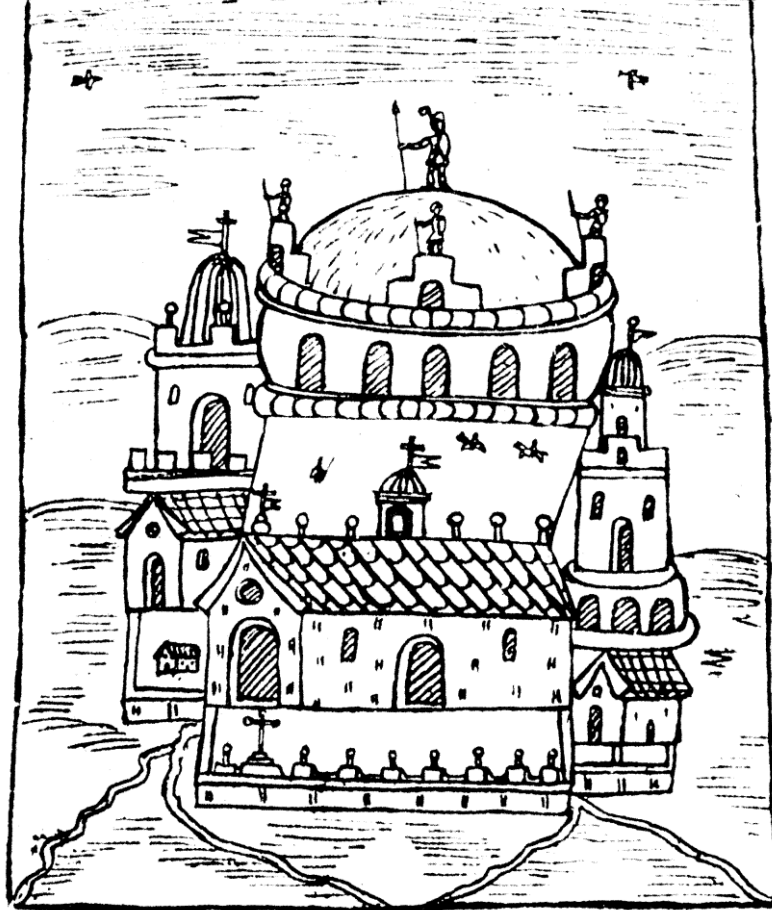
<sup>34</sup> Ibid, Tomo II, pág. 174:

<sup>35</sup> Ibid.

<sup>36</sup> Ibid, Tomo III, pág. 137.

GUAMAN POMA DE AYALA

# CIVDAD LA CIVDAD DE LOXA



## Ciudad

La ciudad de Loja, Ecuador, según dibujo de Huamán Poma de Ayala.

(sin duda como población total) y para la década de 1590 Morales Figueroa recoge una población tributaria de tan sólo 685 indios<sup>37</sup>.

Como puede apreciarse de estas cifras la caída de la curva de población en Zamora es alarmante y de similar proporción a la experimentada en las zonas mineras vecinas de Loja y Zaruma y más aún en las del norte de la Audiencia, en la Gobernación de Popayán. Por otra parte las cifras anteriores están ratificadas por otros testigos de la época.

Para la década de 1580 el gobernador Juan de Salinas y el encomendero de Zamora Alonso Nuñez señalan un máximo de 8.000 indígenas como población total en el distrito.

En 1586 otro encomendero, Hernando de Barahona, hijo, pedía que se le diera otra encomienda, fuera del distrito de la ciudad, pues de los 700 tributarios que allí se le habían asignado sólo quedaban, por muertes, unos 100.

En 1592 el oidor Auncibay, que había recopilado diferente información sobre el distrito y don Pedro González de Mendoza, encomendero como los anteriores y que había conocido bien la zona, informaban de la despoblación de la ciudad por falta de naturales. Ante esta decadencia los vecinos españoles residentes en ella la abandonaron para radicarse en Loja y Cuenca<sup>38</sup>. La falta de indígenas, la decadencia minera y el peligro constante de los jíbaros dieron al traste con este núcleo de población hispana.

En 1622 el corregidor de Loja computaba solamente 140 indios en Zamora; la ciudad estaba en completa ruina y casi abandonada hasta el extremo significativo de no decirse misa en su iglesia, totalmente derruida. En 1650 la ciudad estaba «casi acabada», según refiere un informe de la Audiencia en esta fecha<sup>39</sup>.

## VALLADOLID

En otra oleada colonizadora, tras las guerras civiles peruanas y, entre otros motivos, para dar ocupación a los muchos veteranos de guerra que aún quedaban por recompensar, a otros revoltosos e inculpados en antiguas

<sup>37</sup> ORTIZ DE LA TABLA DUCASSE, Javier: «La población ecuatoriana en la época colonial: Cuestiones y cálculos», en ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS, Tomo XXXVII, Sevilla, 1980, pp. 235-277.

<sup>38</sup> Ibid.

<sup>39</sup> Ibid.



rebeliones y a un grupo cada vez mayor de «mozos de la tierra» (mestizos sin oficio ni beneficio), el virrey marqués de Cañete autorizó distintas expediciones: Gomez Arias a Rupa-Rupa, Juan de Salinas Loyola a Yaguarsongo, Antonio de Oznayo a Bracamoros y Pedro de Ursua a Omagua y El Dorado<sup>40</sup>. Paralelamente enrolaba un nutrido grupo de colonos, labradores, ganaderos y artesanos para la fundación de distintas ciudades: Santa María de la Parrilla y Cañete (1556), Cuenca y Canamá (1557) y organizaba una expedición de pacificación a Chile que dirigiría su hijo don García Hurtado de Mendoza<sup>41</sup>.

Juan de Salinas Loyola, deudo de Ignacio de Loyola, había llegado al Perú hacia 1535, participando en todos los momentos claves de estas décadas turbulentas y en diversas expediciones de descubrimiento y conquista: probablemente en los Chachapoyas con el mariscal Alonso de Alvarado; estuvo con Pedro de Candia en el descubrimiento de Abisca y con Peranzures en los Chunchos (1538). Más tarde en la conquista de los Palatas, con el capitán Alonso de Mercadillo y en la fundación de la ciudad de Loja, donde parece se asentó y en donde conseguiría un repartimiento (1546-48), por su apoyo al Presidente Gasca, especialmente en Jaquijaguana. Seis años más tarde solicitaba y conseguía la conquista y población de Yaguarsongo y Pacamoros<sup>42</sup>. Como en otros casos, con experiencia en descubrimientos y conquistas, y con una sólida posición económica en Loja, gracias a su encomienda, pretendía una gobernación propia y el salto social y económico, aún mayor, que ello le podía reportar. Debió conseguir buena fortuna personal en estos años ya que pudo gastar en los preparativos para la expedición más de 40.000 pesos y reunir unos 250 hombres<sup>43</sup>. En la relación de encomenderos de 1561 aparece como uno de los 13 encomenderos de Loja, el tercero en cuanto a importancia de -tributación (1.600 pesos de su encomienda de «Chopoano y Cañaripapa») y junto a los avulenses Pedro de Cianca y Pedro de León, anteriormente citados<sup>44</sup>.

Juan de Salinas reunió gente y soldados de Loja para su descubrimiento, atravesó la cordillera y tras 20 leguas de camino llegó hasta un poblado indígena de «lengua palta», situado en un valle de buen temple. Fue el lugar elegido para fundar la ciudad de Valladolid (1557) «que ha sido bien

<sup>40</sup> ORTIZ DE LA TABLA: *Francisco Vázquez. El Dorado...*, pág. 23.

<sup>41</sup> VARGAS UGARTE, R.: *Historia General del Perú*, Tomo II, Barcelona, 1966, pp. 65-66.

<sup>42</sup> RUMAZO GONZALEZ, José: «La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI», en ANUARIO DE ESTUDIOS AMERICANOS, Tomo III, Sevilla, 1946, pág. 161 y ss.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 163.

<sup>44</sup> HAMPE: «Relación de los encomenderos...», pág. 107.

trabajosa de sustentar, por ser los naturales muy belicosos». El nombre elegido parece que responde al lugar de nacimiento de Juan de Salinas<sup>45</sup>. Señaló los términos de la nueva población y repartió encomiendas entre los primeros vecinos. De allí siguió al Valle de Cumbinama, donde fundó la ciudad de Loyola «aprovechandome de mi descendencia», y tras el trazado de la población y el reparto de encomiendas siguió hasta la región de «Givarra» donde fundó la ciudad de Santiago de las Montañas, que más tarde cambiaría de emplazamiento. La siguiente fundación sería la de Santa María de Nieva».

Por estos y otros méritos y tras reñidos pleitos, consiguió la gobernación de Yaguarsongo y Bracamoros (o Bracamoros), que comprendía todas estas ciudades de nombres tan variados de la geografía peninsular; cerca quedarían Sevilla del Oro (Macas) y Logroño, pobladas también por Salinas Loyola, así como Loja, Zamora y Jaén, cuyo gobierno consiguió Juan de Salinas para apoyar su descubrimiento y fundaciones».

Por ausencia del fundador y por la belicosidad de los indios Valladolid se despobló y tuvo que ser reedificada por Salinas. En 1570 marchaba a la Corte a realizar gestiones sobre su gobernación, quedando nombrado como justicia mayor su sobrino don Bernardo de Loyola, por nombramiento del virrey don Francisco de Toledo. Durante su gobierno se rebelaron los indios de Valladolid y otros comarcasos siendo necesaria una reedificación de Valladolid y Loja, aunque más tarde se alzaron los indios de Logroño<sup>48</sup>. Todo esto hacía presentir el futuro incierto de la nueva ciudad.

En 1582 moría el gobernador, con título de Adelantado y ejerciendo de justicia mayor en las ciudades de Loja, Jaén, Zamora y Cuenca, siendo enterrado en la capilla mayor de la iglesia de Santo Domingo de Loja. Su único hijo, don Gaspar de Salinas Loyola, murió trágicamente en Madrid, poco después que su padre, a los 25 años de edad, dejando un hijo, don Bernardino de Loyola, que disfrutó de 3.000 pesos de renta en la encomienda que fue de su abuelo».

El Gobierno de Yaguarsongo y Bracamoros pasó a Juan de Alderete, cuñado de Salinas Loyola. La decadencia de la gobernación queda expresada en la respuesta que el virrey príncipe de Esquilache daba a una real cédula de 1616, en la que se le consultaba sobre la conveniencia de suprimir

---

<sup>45</sup> RUMAZO: «La región amazónica...», pág. 163 y ss.

<sup>46</sup> *Ibid.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, pág. 168.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pág. 170.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 180-181.

el título de Gobernador de la provincia de Yaguarsongo, reduciendo los cuatro pueblos de ella a dos:

«Convenía resumir y quitar el dicho oficio de Gobernador de Yaguarsongo, porque nunca reside en la provincia, por ser pobre (se refiere a la provincia), y que las poblaciones de Loyola y Valladolid se puedan agregar con comodidad al corregimiento de Loja, y las de Santiago y Nieva al de Jaén»<sup>50</sup>.

La actividad principal y sustento de Valladolid fue la extracción de oro que tanto en lavaderos como en vetas hizo posible un primer esplendor de la Gobernación y de esta ciudad. La belicosidad de los indios de su comarca, la falta de una verdadera colonización en su entorno, la huida de los indígenas (hasta llegar casi a desaparecer en la zona), y por ello la decadencia de minas y cultivos, sumados a los ataques indígenas que ahuyentaban a sus moradores, fueron los factores de decadencia de este emplazamiento.

En diciembre de 1582, muerto ya el fundador, Juan de Alderete describía así a los naturales del distrito señalando ya la despoblación de la zona, pese a su riqueza aurífera:

«Los naturales desta cibdad de Valladolid viven en lomas y lugares fuertes, por ser gente muy belicosa y gente de behetría y que según dicen desbarataron muchas veces los capitanes de Inga que a sujetallos entraron... En todos los ríos se halla oro, y en tres dellos, que son caudales, se ha hallado de seguir, y los españoles han descubierto minas e vetas en cerros, los cuales se labran de parte, aunque sienten tanto el trabajo dellas, que la falta de los naturales que hay de presente, aliende de los que ha consumido las borracheras que hacen, que sin los indios mayores los menores se han salido y salen de ordinario a las ciudades del Perú comarcanas, no tienen en su tierra de qué dar tributos, y así están tasados por la orden que los demás a que den a sus encomenderos curicamayos y les hagan chácaras... En todas estas tierras no se cría otro ganado sino vacas. Dase trigo, aunque se pierde de las sementeras muchas veces»<sup>51</sup>.

Mientras que López de Velasco atribuía a Valladolid una población de 1.200 tributarios para 1560-70 (que con un coeficiente de conversión de 3 ó 4 daría una población total de 3.600 ó 4.800 indígenas), para 1580 Alderete solo contabiliza 2.900 almas tras las recientes visitas efectuadas<sup>52</sup>.

<sup>50</sup> Ibid., pág. 182.

<sup>51</sup> JIMENEZ DE LA ESPADA: «Relaciones Geográficas...» Tomo III, pp. 151-152.

<sup>52</sup> ORTIZ DE LA TABLA: «La población ecuatoriana...», pp. 257-258.

En 1591 los caciques de Yaguarsongo y distrito de Jaén denunciaban los abusos de que eran objeto e indicaban que por ello, de los 30.000 indios que había en ambos territorios sólo quedaban unos 3.000<sup>53</sup>

La despoblación indígena y los ataques de los indios paralizaron las explotaciones mineras, ahuyentaron a la población española y provocaron el hundimiento de la ciudad que quedó reducida a las características de un pequeño y pobre poblado del Oriente amazónico.

## **AVILA**

Igual génesis y evolución que las anteriores tuvo esta ciudad, aunque su historia fue mucho más corta. Fue fundada en 1563 por Andrés Contero, teniente del gobernador avulense Melchor Vázquez Dávila, en honor al cual tomó nombre, y se encontraba dentro de los términos de su Gobierno de los Quijos. Vázquez Dávila pisó muy pocas veces su distrito pues prefirió disfrutar de su encomienda y de las comodidades que había logrado en el Cuzco, realizando expediciones y fundaciones por medio de subalternos.

Avila, junto con Baeza y Archidona (llamada ésta más tarde Guadalcanal por los extremeños Rodrigo Núñez de Bonilla y su pariente Alonso de Bastidas), apenas contabilizan en 1577 unos 15.000 indígenas, siendo Avila la segunda ciudad en importancia de esta gobernación, que más tarde fue encomendada a Agustín de Ahumada, como queda expuesto en otro epígrafe. Los continuos abusos sobre los indígenas diezmaron la población y provocaron frecuentes rebeliones, siendo la más famosa la de 1578-79 en la que los jíbaros arrasaron estos enclaves hispanos. La gobernación fue agregada a la de Macas (donde se encontraba Sevilla del Oro), y ambas fueron abandonadas por los españoles, quedando casi despobladas de indios al comienzo del XVII<sup>54</sup>.

Sólo perduraron como simples recuerdos de lo que pudo haber sido y no fue esta primitiva colonización, como reliquias de antiguo esplendor y como indudable proyección de Castilla en el Nuevo Mundo.

---

<sup>53</sup> Ibid.

<sup>54</sup> Ibid.